

Capítulo 25 - Luz tenúe

Tristán giró en su manta por cuarta vez en diez segundos.

Con los ojos obstinadamente cerrados, volvió a darse la vuelta y apoyó los pies contra la pared. La torre de observación estaba llena de rincones estrechos y ventanas, que para el ladrón solían ser un punto a favor. Solo una entrada desde dentro, y Tristán había quitado los tornillos de la escaleras el primer día: podía derribarla con una sola patada bien situada en cualquier momento que quisiera. Aunque no era necesario.

Pero podía.

Se volvió en su manta otra vez, los pies deslizándose hasta el suelo. La puerta allí abajo estaba cerrada, y había colocado el familiar pero sencillo sistema de una cuerda metálica sobre el pestillo, para que no entraran sin despertarlo si dormía. Fortuna también vigilaba por él. Solo Fortuna podía ser vista, podía ser manipulada y planeada, y eso cambiaba las cosas. Convertía las certezas sólidas en algo mucho más poroso.

Tristán se giró una vez más, luego maldijo y se levantó. Su diosa no estaba cerca, aunque alcanzó a ver un destello rojo en el tejado, y sus ojos se desviaron hacia la trampilla abierta a su lado. Hacia la cima de la escalera, que aún lograba distinguir en la penumbra. Era demasiado tarde, susurraba la razón en su oído, para que Song Ren creyese aún que matarlo sería suficiente para enterrar todo esto. Se harían preguntas, se sacarían inferencias evidentes.

Tristán se obligó a levantarse, a abrir uno de los ventanales. Bien engrasado, se deslizó sin hacer ruido. La vista le presentó a la Dama de las Probabilidades Desfavorables apoyada contra un tejado de paja, como si fuera una pintura: olas de rojo y dorado bañadas por la luz lejana del Orrery, inquietantemente quietas hasta que ella giró la cabeza para mirarlo.

“¿Aún despierto?” preguntó, con sorpresa moderada.

“No puedo dormir,” contestó Tristán.

Se inclinó más allá del alféizar, dejando que la brisa, ya privada del salitre del mar, barbara perezosamente su cabello.

“Supongo que aún tiene fiebre por la pelea de abajo,” reflexionó la Dama de las Probabilidades Desfavorables. “Lleva tiempo en calmarse.”

Eso era cierto. Pero habían pasado horas y la tensión en la pelea hacía rato había desaparecido de él. Tristán sabía por qué no podía dormir, y era la misma razón por la que parte de él se sentía incómodo al mostrarle su espalda a la escalera, aunque la puerta de abajo estuviera cerrada y trampa.

Sin darse cuenta, había llegado a sentirse cómodo, y ahora que se percataba de ello, no lograba deshacerse de esa sensación.

Sus dedos se cerraron en un puño, y disimuló esa incomodidad con una expresión serena en su rostro. Aunque eso no servía de mucho cuando se enfrentaba a la diosa que lo conocía desde que apenas era un niño.

“Se puso feo,” reconoció Fortuna. “Song-”

“Ella no va a entrar en la noche y degollarme,” dijo Tristán, y creyó en sus palabras mientras las pronunciaba.

“Pero si quisiera, podría hacerlo,” afirmó la Dama de las Probabilidades Desfavorables.

Sí. Pero podía.

Si llegara a un enfrentamiento directo, sabía que perdería. Ella llevaba esa hoja con la destreza de alguien acostumbrado a usarla, y nunca la había visto fallar un disparo. Él era apenas más alto que ella, y aunque no estuviera seguro de quién sería físicamente más fuerte, ella – apretó los dientes.

“Puede verte,” susurró Tristán. “Si quisiera sorprenderme...”

Ella podía maniobrar alrededor de Fortuna. Nunca había considerado que esa pudiera ser una opción para las personas, antes de Song. Antes de la recordatoria casual de Hage de que el mundo siempre es más vasto de lo que uno piensa.

“Tredegar no permitiría que te silenciaran de esa forma,” dijo Fortuna. “Y Maryam—”

“Maryam me dejó aquí,” susurró él. “Con un asesino aún mejor, cuya vida sería más fácil si yo—”

Se obligó a detenerse allí. La escena había sido fea, y no culpaba a nadie por querer dejarla atrás. Tredegar, si bien, actuó con dignidad. Pero una parte de él había asumido que, en lo que respectaba a la fuga, él y Maryam irían en la misma dirección.

Otra falsa sensación de tranquilidad.

“No me dormiré aquí,” dijo Tristan. “No más allá de la hora y poco que ya he robado.”

Fortuna se levantó medio, con sus rizos largos peinados hacia atrás por el viento.

“¿A dónde?” preguntó, sonriendo.

“Para hacer el trabajo que debería haber comenzado en el momento en que salí de esos muelles,” respondió Tristan con gravedad.

Ya estaba vestido, salvo por el abrigo, así que solo era cuestión de recoger sus asuntos. Deslizándose por el costado de la torre de observación astronómica hasta la azotea, cerró la

ventana tras él y luego descendió con sigilo. El ladrón desapareció casi en silencio, atravesando el jardín y bajando las escaleras.

Era una simple diligencia tener otro lugar donde dormir, con un escondite preparado por si las cosas se ponían feas, y descansaría cuando las precauciones correspondientes estuvieran en marcha. Era una grave falla no haber manejado esto antes. Tristan se había dejado distraer por las amenazas y los misterios, engañado por la ilusión de seguridad. En cierto modo, la disputa anterior fue un recordatorio bienvenido: nada podía darse por sentado.

Las posesiones solo eran tuyas hasta que alguien más poderoso decidiera tomarlas. La cabaña era un buen escondite y ahora lamentaba haberla compartido, pero no había forma de volver a armar ese jarrón. Tendría que buscar otra, quizá algo más cerca de los muelles. El puerto estaba lleno de oportunidades para un ladrón, y no sería prudente guardar objetos robados en una casa a la que Angharad Tredegar pudiera tener acceso.

Siguiendo bajo una luz azul oscuro que había oído algunos soldados llamar la Luna Índigo—que atravesaba Allazei solo entre la una y las tres de la madrugada—mantenía siempre las calles principales a pesar de no gustarle los espacios abiertos. A esta hora, seguramente habría lemures merodeando cerca de la cabaña, así que la rapidez superó la discreción.

Sus instintos no se equivocaron: un par de sombras lo vigilaban desde los tejados, siluetas delgadas que permanecían inmóviles de forma antinatural. Sin embargo, aunque Tristan estaba solo y no era particularmente grande, llevaba acero y no parecía herido. No era un objetivo fácil. Lo siguieron varias cuadras, pero al final optaron por no arriesgarse. Alivio. Las sombras eran carroñeras y oportunistas—en Sacromonte, eran conocidas por arrebatarse bebés—, pero tenían uñas largas y afiladas y una fuerza febril.

El ladrón dudaba que le hubieran quitado la vida, pero seguramente lo habrían herido, y el olor podría atraer algo peor. Aún quedaba mucho camino hasta el dique.

La prisa fue suficiente para llegar sin incidentes, al menos esta vez. Tal vez ya era momento de buscar alguna sustancia que repeliera a los lemures—Hage seguramente tendría algo, aunque en el mejor de los casos, con solo preguntar el precio sería un escándalo, pues seguro lo cobraría a precio exagerado. El ladrón sabía que a las sombras no les gustaban las frutas falsas de tejo, pero dudaba en poner un collar con ellas sin saber si el olor podría atraer a algo más peligroso.

Era poco antes de las dos de la madrugada cuando llegó a la Avenida Regnant, la hora en que una ciudad exhala: cuando los últimos borrachos tropiezan afuera, las últimas luces se atenúan, cuando la oscuridad y el silencio engullen calle tras calle. En otra noche, Tristan podría haber probado suerte robando algunas cosas a los borrachos cerca de los muelles, pero esa noche tenía otras prioridades. En su lugar, merodeaba por las calles estrechas, manteniéndose en callejones y sombras, y midiendo la ciudad mientras se deslizaba como un espectro por ella.

Parecía un poco como volver a casa.

Port Allazei, reflexionó mientras la Luna Índigo empezaba a menguar, realmente era un pueblo instalado en el cadáver de una ciudad. La ciudad en ruinas estaba principalmente vacía, con las

partes seguras y en gran parte reconstruidas —el Triángulo, las calles cercanas a los muelles y cuarteles— llenas hasta el borde de estudiantes, maestros y habitantes del pueblo. Sin embargo, aunque las zonas habitadas de Allazei eran pequeñas, incluso en ese reducido espacio Tristan encontraba un lugar para desaparecer.

En un lugar como Sacromonte, lo mejor era desaparecer convirtiéndose en una gota en el mar, pero Allazei era un laberinto de recovecos y escondites. Solo había que encontrar uno lo suficientemente grande para adaptarse a ti.

Al salir de las calles sobrecargadas del Triángulo, el ladrón bordeó justo más allá de los límites de la Avenida Regnant y la Calle Templitward, donde los números empezaban a escasear. Ahí, en su opinión, yacía el punto ideal: lo bastante lejos para que nadie se aventurara sin motivo, y lo bastante cerca para estar dentro de las rutas habituales de patrulla del puesto de guardia. Fácil presa para lemures o hombres. Ahora solo necesitaba encontrar un edificio que cumpliera con los requisitos adecuados.

En el lado de Templeward, a unos diez minutos de donde se habían establecido Wen y Mandisa, olfateó una casa ruin de dos pisos con escaleras rotas y un desván mayormente intacto. Perfecto. Tristan escondió en el desván una manta, dos piezas de plata y un cuchillo hurtado, antes de ocultar una cuerda bajo los escombros de la cocina. Revisó las casas cercanas en busca de riesgos, en particular la entrada al tejado para su percha oculta, pero el único tejado que no había colapsado tenía la inclinación equivocada y, además, albergaba un nido de aves.

Se sentó en ese tejado un momento, las tejas le clavaban en las piernas mientras picoteaba unas semillas de sésamo, dejando que su mirada vagara por el horizonte de la ciudad mientras los últimos fragmentos de la Luna Índigo se desvanecían en el cielo. Pronto, el próximo anillo del Orrey giraría, trayendo luz pálida y dorada, y—

“Huh.”

“Por fin estás de humor para hablar, veo,” dijo Fortuna.

Él dirigió la vista hacia un lado, encontrándola encaramada cerca del borde del tejado, con los pliegues de su vestido cayendo sobre él. Ella se alejaba un poco, mirando hacia abajo, probablemente hacia el nido de aves escondido entre dos tejas rotas.

“Algo así,” dijo Tristan. “Hay una luz en el horizonte.”

“Sabes, fingir que no sucedió no hará que deje de ser así,” afirmó la Dama de las Probabilidades. “Deberías contactar a Maryam, en le-”

Su mandíbula se tensó.

“Sí, hay una luz en el horizonte,” repitió él con severidad.

Un silencio largo. Un suspiro.

“¿Alguna especie de torre, crees?” preguntó Fortuna.

Él gimió, pensando que sí, claramente. En el este del Puerto Allazei, más allá del canal vacío que delimitaba los terrenos de Scholomance y bastante lejos de la franja habitada de la costa, brillaba una luz plateada. Más grande que una casa de tres pisos, a simple vista, y para que esa llama permaneciese tan estable y visible, casi pensaría que se trataba de un faro. Pero, ¿qué haría un faro tan lejos de la costa, y en una parte de la ciudad abandonada además?

«Está demasiado lejos para ser el taller que la Sociedad Umuthi instaló para sus alumnos», dijo. «Por lo que sé, no debería haber nada allí.»

«Podría ser una trampa», dijo Fortuna, con su entusiasmo claramente creciendo ante la perspectiva.

«Podría ser», asintió él. «Solo que nunca escuché rumores sobre alguna especie de torre maldita allá al este, y los soldados chismeaban acerca de una luz fantasmal. Lo que significa que saben qué es y no están preocupados.»

«O quizás les han ordenado guardar silencio», añadió Fortuna.

Tristan asintió, mordisqueándose el interior de la mejilla. En cualquier caso, eso implicaba que la torre y su luz plateada estaban relacionadas con la Vigilancia.

«¿Algo que solo está allí si uno lo encuentra?» dijo finalmente. «Parece cosa de la Marca.»

Incluso si estaba equivocado y resultaba que la Vigilancia simplemente tenía algún tipo de fortaleza oculta allí, también era información valiosa. Sin embargo, sus instintos no se inclinaban en esa dirección. Esto parecía ser otra prueba en esta isla, invadida por ellas, y su pacto encajaba mejor que el resto.

«¡Sí!», sonrió Fortuna. «Vamos a esa torre maldita y trampa, ¿verdad?»

Tristan decidió no confirmarlo, por no dejar que su entusiasmo la convenciera de lo contrario. Si no pasaba su séptimo día persiguiendo un misterio, seguramente tendría que mirar hacia atrás — y eso no podía permitírselo.

«Vamos», dijo en su lugar. «Averiguemos si ese ático deja entrar el viento.»

--

Después de una siesta agradable y sorprendentemente sin viento, volvió a las calles al sexto día.

Una de las panaderías más elegantes de Templeward cometió el error de dejar cestas de pan fresco a la vista, así que, en lugar de pagar con una piedra lanzada estratégicamente contra una bandeja de cocina para distraer al encargado, Tristan consiguió un desayuno con dos bollos dulces recién horneados. Los devoró en un callejón cercano, deseando haber tomado más. Harina de papa, como en la vieja Saraya, pero esos pequeños trozos de azúcar en la superficie eran

deliciosos.

Se lavó las manos en una fuente junto al puerto, usando el agua de uno de los pozos de la guarnición, y luego comenzó a dirigirse al este mientras Port Allazei empezaba a despertarse a su alrededor. El ladrón probablemente habría seguido por las calles secundarias incluso si no hubiera enemigos dispuestos a cobrar la recompensa por su cabeza, pero esa esquina en particular justificaba una prudencia especial. No es que las calles principales fueran algo para alardear, una vez que uno se encontraba a cinco minutos al este de Templeward.

El amplio camino usado por la guarnición para patrullar fue despejado de escombros, aunque faltaban varias losas del pavimento y esos huecos pronto se convertirían en charcos cuando comenzara a llover en unas horas. El séptimo día, después de todo, era el día de la lluvia, de nueve a nueve.

Tristan extrañaba su tricornio.

Más allá de las ruinas de lo que una vez fue un mercado —y grande, no solo una calle comercial— Tristan descubrió que un parque había engullido un tramo entero de la ciudad. Árboles y arbustos espinosos habían tomado control de calles y casas por igual, proyectando sombras en la plata de la mañana, y raíces asilvestradas cruzaban calles llenas de hojas muertas y tierra, como si fueran el suelo de un bosque. Si no recordaba mal la dirección de la torre, atravesar ese lugar era el camino más rápido para llegar allí.

Tristan observó esos senderos serpenteantes y las hojas susurrantes con un sonido inquietante, luego tomó el camino largo.

“Cobarde,” se quejó Fortuna.

“Espero que sea alguien que viva mucho,” estuvo de acuerdo.

Avanzó más hacia el este, bordeando los límites del bosque mientras mantenía un ojo atento a cualquier cosa que pudiera parecer dispuesta a asomar la cabeza. Era una suposición razonable pensar que los árboles eran un nido de lemures, en el mejor de los casos. Sin embargo, cuando vio movimiento, no fue entre los árboles. Una pareja de capuchas negras, con mosquetes en mano, caminaba por una calle pequeña mientras charlaban. ¿Una patrulla? Parecían demasiado pocos para estar en esa parte de la ciudad. Se deslizó por los callejones, siguiendo a Tristan.

Hizo una mueca por lo fácil que le resultaba seguirles la pista, apenas prestando atención a lo que ocurría a su alrededor.

La pareja avanzaba por el borde del bosque hacia el oeste, como lo haría una patrulla, pero el ladrón nunca se acercó lo suficiente para escuchar su conversación. Su descuido resultaba curioso; esa actitud solo la tenían cuando se sentían seguros, o al menos confiaban en que otros los respaldarían en caso de peligro. ¿Había otros vigilantes por aquí? La ‘patrulla’ terminó después de otros cinco minutos, y comenzaron a regresar por el mismo camino que habían tomado.

Tristan los siguió, manteniendo una distancia segura hasta que cruzaron el punto donde los había visto, en dirección este. Cinco minutos más tarde, se detuvo, aspirando sorprendidamente.

“Eso es una fortaleza,” señaló Fortuna de manera útil, mordiéndose una manzana.

Hacia el crujido de la fruta con intención molesta, sin duda a propósito.

“Eso puedo verlo,” replicó Tristan, rodando los ojos.

Al otro lado de una plaza abierta desde el borde del bosque, la Guardia había construido lo que parecía un pueblo fortificado. Los muros estaban hechos con piedras de diferentes fuentes, pero alcanzaban con precisión unos quince pies de altura, con guardias armados esperando junto a las puertas abiertas. Dentro, podía ver un pozo cerca de la entrada, y luego cuarteles y un grupo de edificios dispuestos a lo largo de tres calles estrechas.

Los dos vigías en patrulla se detuvieron para conversar con la pareja frente a ellos antes de entrar, dejando a Tristan ponderar sus opciones. Esos muros estaban diseñados para mantener a los lemures, no a los hombres—con tantas agarraderas sobresalientes—así que no sería imposible escalar, pero tendría que mantenerse oculto en todo momento. Estaba en forma para luchar, pero no con el uniforme oficial. Era una empresa arriesgada si la Guardia ocultaba algo allí. La tentación era simplemente acercarse y preguntar si se permitía la entrada a los estudiantes, pero estarían en guardia por si intentaba colarse.

Mientras debatía si sería mejor evadir la fortaleza por completo, rodearla y seguir hacia el noreste en dirección a la torre, Tristan frunció el ceño al ver a alguien acudir al pozo y mover la manivela. Eso no era un uniforme cualquiera, y la mujer de piel oscura que lo lucía era joven. Edad de estudiante. Otros dos se aproximaron, uno con un abrigo y otro con ropa más formal—Oh, Tristan conocía a esa. Estaba mirando al capitán Tristan Ballester, de la Cuadragésima Cuarta Brigada. Aquel con el bigote cuidado y una habilidad mediocre para leer la situación.

Eso lo decidió. Los guardias en la puerta lo observaron al salir a la calle, pero sin señal de intención particular. Cuando se acercó, la más alta de las dos aclaró la garganta.

“Placa,” le indicó.

La mostró. La vigilante de Someshwari la revisó, luego la devolvió.

“Bienvenido a San Fraguas,” le dijo.

El otro guardia bufó.

“Deja de llamar así a los estudiantes, el capitán te volverá a poner en vigilancia nocturna,” dijo ella.

“No tengo idea de qué hablas,” la Someshwari le sonrió, luego sus ojos volvieron a él. “El dormitorio de estudiantes está al final de la calle a la izquierda, por un cobre la noche. Si vas hacia los territorios de caza, te recomendaría pasar primero por el tablero; allí están todos los últimos

informes clavados.”

Ella lo miró de arriba abajo.

“No parece que seas mucho cazador.”

“Mis habilidades son leyenda, tia,” protestó Tristan. “¿Nunca oíste hablar de las valientes acciones de Ferrando Villazar?”

La guardia más baja frunció el ceño.

“¿No eres mujer?” preguntó. “Y rubia. Pensé que habías venido por la recompensa de esa lemure hace unos días.”

“Cualquier semejanza en los nombres es pura coincidencia,” mintió Tristan.

Esperaba que esto no llegara a oídos de Ferranda, quien estaba bien armada y era muy sensible. Si lo hacía, siempre podía intentar aprovechar otra coincidencia en nombres y acusar al capitán del Cuarenta y Cuatro de todo el asunto. Se aseguró de mantener distancia con los estudiantes en el pozo, aunque al menos uno notó su paso, y recorrió calle por calle la larga calle de 'Scraptown'.

Era más un puesto avanzado que un pueblo, un extraño contraste de edificios hechos con piedras finas y ladrillos —aparentemente recuperados de casas cercanas— y calles embarradas. Debe haber al menos cincuenta vigías en la plaza, por el tamaño de los cuarteles, pero Scraptown parecía construido en parte para atender a los estudiantes: Tristan no podía imaginar una razón para que hubiera un par de tiendas vendiendo armas, equipo y alimentos en la calle principal.

El dormitorio de estudiantes era un edificio deteriorado con un techo mal reparado, compuesto por una gran sala común y una cocina comunitaria, pero la 'pared' resultó ser más interesante. Era una gran tabla de madera bajo un toldo, con un mapa de los alrededores clavado encima —incluyendo una gran parte del bosque, llamado 'Bosque de Ortigas'. Diferentes partes del mapa estaban numeradas, y en lugares destacados había informes con avistamientos de lemures en esas zonas numeradas. De un vistazo, la mayoría de los lemures aquí cerca parecían ser lycosis y arañas zancudas, aunque aparentemente había un siren anidando en lo profundo del Bosque de Ortigas.

Tristan envió una discreta oración de agradecimiento al Rey Rata por las abundantes bendiciones de su habitual cobardía.

Menos agradable era que el noreste del puesto de avanzada parecía estar lleno de lemures al anochecer, incluyendo un par de hombres sin cabeza. Esos animales eran peligrosos y, según reportes, vagaban por donde él creía dirigirse. Lo mejor sería volver de la búsqueda de la torre mucho antes de que la noche de Tolomontera se estableciera.

Solo cuando llegó a la puerta trasera de Scraptown se dio cuenta de por qué los lugareños le habían dado ese apodo. La parte trasera del pueblo no tenía un muro de piedra como el resto, sino dos grandes pedazos de metal entre los cuales se había improvisado una puerta. Esa puerta abierta conducía a un cementerio de chatarra, con viento que soplaba polvo a través de costillas

de hierro oxidadas.

Allí había cuatro guardias en lugar de dos, y parecían mucho más alertas. Tristan tuvo que mostrar su placa al salir, y le advirtieron que evitara cortarse con el metal.

“La sangre despertará a los blems,” le dijeron. “Anoche estuvieron cerca de recibir un disparo, deben estar hambrientos.”

Blems era un antiguo nombre tebriano para referirse a los hombres sin cabeza, lo que hacía que esas palabras fueran de suma importancia para prestarles atención. Tristan no estaba seguro de poder enfrentarse a un licosi, y mucho menos a la clase de criatura que los mataba por deporte. Agradeció a los guardias la advertencia y solo salió con pasos cautelosos y guantes de cuero puestos.

El suelo aquí era de piedra desgastada y arena de un rojo oxidado, con picanas de metal que sobresalían como dientes y hierro retorcido en formas de media luna. Sentía como si caminara por un laberinto de fauces abiertas, rodeado de un entorno listo para atraparlo y engullirlo en cualquier momento. Entre asegurarse de no pisar nada capaz de perforar sus botas y mantener la vigilancia por lemures, un simple paseo resultaba verdaderamente agotador.

Fue un alivio cuando las peores peleas comenzaron a remitir, dando paso a escaleras que conducían hacia lo que debían ser santuarios, y, con emoción, a una silueta que se alzaba por encima de ellos, quizás lo que había venido a buscar. Aún había metal alrededor, pero ahora era una aleación de bronce en lugar de hierro, en su mayoría tuberías enormes. La palabra no era una exageración, pues eran lo suficientemente grandes como para atravesar uno de pie.

Trozos de esa tubería se habían caído de los almacenes que las sostenían, pero en la mente del ladrón podía imaginar cómo debían verse aún en buen estado. Alguna especie de acueducto metálico parecido a una telaraña que conducía hacia los santuarios, aunque qué llevaba exactamente sería cuestión de conjetura. Pero tras caminar en las sombras de maravillas antiguas sobre un suelo afortunadamente rocoso, Tristan finalmente encontró lo que buscaba.

Al menos una parte de ello: en el centro de los santuarios se elevaba una torre de piedra lisa, pero a unos dos tercios de su altura, de repente, se detenía. No había rastro de la luz pálida que había visto en el horizonte la noche anterior; y dado lo brillante que había sido, debería ser imposible dejarla pasar por alto.

"Falta una parte", musitó Tristan. "¿Máquina de éter?"

"El aire aquí es muy fino", le dijo Fortuna. "Es sumamente molesto".

Entonces, claramente, alguna máquina de éter. Aunque desconfiaba de esas cosas, la única forma de obtener respuestas era echarles un vistazo. Se deslizó en la sombra de las antiguas estructuras, llegando a la base de los santuarios acompañados solo por un silencio inquietante. Los siete santuarios mecánicos probablemente se habían construido de manera similar, pero con el paso del tiempo, solo se conservaban vestigios de ello: el desgaste del tiempo les había otorgado su propia tonalidad de deterioro.

Aún así, seguían pareciéndose a hermanas, por ética. Las estructuras eran todas robustas, casi en forma de pera, y sus techos eran cúpulas redondeadas de metal cubierto desde hacía mucho por una pátina verde. Era una mezcla de maquinaria y piedra, y las grandes tuberías de bronce de antes se conectaban a sus lados a razón de dos por santuario. Las puertas, que eran la única vía visible, eran altas y estrechas, hechas de hierro tallado con patrones dorados.

Juntas, las siete estructuras formaban un círculo aproximado que rodeaba lo que seguramente era la base de la torre semioculta. El estilo recordaba al edificio en el centro del Viejo Fuerte, del otro lado del Dominio, especialmente la piedra sin juntas, aunque no era un experto en obras antideluvianas.

Aunque dos de los techos estaban dañados—uno con la cúpula colapsada por completo—Tristan primero inspeccionó las puertas. No tenían cerraduras ni aros para tirar de ellas. Lanzarle una piedra no hizo que se convirtieran en humo o ceniza, cosa que alentaba la esperanza, pero tratar de abrirlas empujándolas era como, bueno, intentar movercientos kilos de metal con las manos. Una causa perdida, sin duda.

“La verdadera clave es el auto-mejoramiento,” le dijo con sabiduría la Dama de las Probabilidades Altas. “Primero debes convertirte en un tipo fuerte, capaz de...”

“Hace un poco se rompió una de las tuberías,” notó Tristan. “Si trepo por ella, llegaré directo al santuario.”

“Siguiendo la sabiduría de tu diosa, quien siempre te muestra el camino,” ajustó Fortuna apresuradamente. “Buen ojo, aunque tardaste en captar mis indicios.”

“Sin duda,” respondió el ladrón con sequedad.

La tubería en el suelo resultó ser un buen lugar para trepar y subir a la que aún conectaba con el santuario. Sin embargo, allí adentro era completamente oscuro. Tristan vaciló – ¿debería seguir adelante? Pensó que era una tontería, tras un momento. Los santuarios no iban a ninguna parte, pero solo tenía una vida. Si alguna araña portadora de traslados se anidaba allí, observándole con hambre, nunca lo sabría hasta que fuera demasiado tarde.

Volvería con una linterna.

--

Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer en su camino de regreso. Quizá debería conseguir un sombrero además de la linterna.

Los guardias en la puerta le preguntaron por lemures mientras mostraba su placa, sorprendiéndose cuando dijo que no había visto ni rastro de uno. El ladrón tarareó mientras se dirigía hacia la Ciudad de Chatarra, sopesando la molestia de caminar de regreso al puerto de Allazei contra el aumento de precio que seguramente darían las tiendas aquí a sus productos. De alguna forma, tendría que regresar a la cabaña de todos modos. Robar comida con tanta frecuencia seguramente lo iba a atrapar, y había contribuido con fondos a la bodega del Décimo Tercero, por lo que le

correspondía una parte.

Y también debería dejar una nota diciendo que no había sido secuestrado, al menos por Maryam. Aunque ella preferiría dejarlo con Song en vez de permitir que lo acompañara a la — Tristan respiró hondo, hacia afuera. Ese tipo de pensamientos no lo acercaría más a la torre, que era lo importante. Encontrar otra maestra de Máscaras, asegurar su lugar en Scholomance. Hacer que incluso si el Décimo Tercero naufragaba por completo, todavía tendría un sitio en la isla.

Solo era por precaución.

Tenso y atrapado en sus pensamientos, sólo se dio cuenta de que casi se topaba con alguien en medio segundo antes de que sucediera. La decisión fue automática: no había visto a nadie más, el ángulo era perfecto, ¿por qué no? La colisión fue suave, calculada, la mano de Tristan se deslizó dentro del abrigo de la mujer y agarró una pequeña bolsa. Gruñó cuando su hombro golpeó su pecho, apartándose.

“Ten cuidado por dónde caminas,” gruñó, profundizando su voz.

Continuó su camino sin mirar atrás, procurando dar la menor atención posible a ella, mientras desataba los lazos de la bolsa. Cuatro piezas de plata y nueve cospeles, contó, con algunos retazos de tela que amortiguaban el tintinear. Vertiendo las piezas de plata en su mano, alcanzó su propio bolso. Y volvió a extender la mano.

No estaba allí.

“¡Hijo de puta!” exclamó una voz femenina.

Maldiciendo, Tristan tomó la arma más cercana: el pistón, cargado desde antes, y se giró para enfrentar un cuchillo curvado presionado contra su estómago. Mantuvo firme el arma, apuntándola a su pecho, y frunció el ceño al reconocer un rostro que no había visto en carrera, pero que en una segunda mirada le pareció conocido.

“Tristan Abrascal,” escarneció Lady Cressida.

“Cressida Barboza,” respondió con una sonrisa encantadora.

Con su cabello asegurado debajo de ese sombrero — de terciopelo negro con una cuerda dorada en círculo, con la corona curvada y un borde corto — su mirada había recorrido su figura, pero ahora no había forma de ignorarla. La noble tenía un rostro afilado y estrecho, con una nariz delicada y redonda que sorprendentemente parecía una pequeña botón, y cejas finas que habrían sido más apropiadas en un cortesano que en alguien cuyos ojos marrones eran tan fríos.

“Devuélveme mi moneda”, ordenó Lady Cressida.

Era evidente que estaban solos en la calle. Las gotas de lluvia ligeras que anticipaban el diluvio habían buscado refugio en todos los que no estaban de guardia, y esos guardias estaban fuera de vista. Podrían aparecer si hubiera gritos, aunque aún no.

"Devuélveme mi moneda", replicó él.

"Elaboraste con violencia un empujón a una dama", dijo ella. "Lo mínimo que puedes hacer es pagar por mi comida."

"Empujaste a una huérfana", respondió con facilidad. "Las limosnas están en orden."

Había tres coppers más en su bolsita, según su cuenta, y él estaba más que dispuesto a mantener la partida. Además, era una bolsa mucho más elegante, y el truco de los pedazos de tela usada fue inspirador. Sus ojos se estrecharon.

"Mi moneda", dijo ella, "o abriré tu vientre."

No titubeó ni un instante. No era una amenaza vacía.

"Estoy seguro de que eres rápida", dijo él, "pero ¿más rápida que apretar un gatillo? Eso demuestra una confianza impresionante."

"Te he visto disparar en la guerra", respondió Cressida. "Ni siquiera podrías acertar a una puerta de granero si esta estuviera inclinada hacia la dirección del disparo."

Lo cual era justo, pero Tristan soltó una risita.

"¿Desde tan cerca? Aunque falle, siempre acertaré en algo".

Sus ojos marrones se cruzaron con los suyos. Ninguno parpadeó. Pasó un momento y luego Cressida suspiró.

"Da dos pasos atrás, tira mi bolsita y yo tiraré la tuya", propuso.

Era tentador, pero...

"Hay un problema con eso", dijo Tristan.

"¿Y cuál sería ese problema?", preguntó ella, presionando ligeramente su enemigo con la hoja en su abrigo.

"Eres del N.º Diecinueve", dijo él. "No puedo confiar en ti ni en el color del cielo, mucho menos en devolver una cortesía."

Ella frunció el ceño.

"No hay rencores entre nuestras cuadrillas", dijo. "¿De qué va esto?"

Lady Cressida parecía alguien que trataba de ocultar su sorpresa, no alguien que mentía en su cara. Lo cual no significaba que no mintiera, solo que ella era una mejor mentirosa que él. El dedo índice de Tristan se le antojaba ansioso, pero ese asunto del N.º Diecinueve solo había sido una conjetura. Él lo sabía.

Todavía sentía ganas de apretar el gatillo, por si acaso.

"Adarsh Hebbbar", dijo en su lugar.

"¿Perdón?", parpadeó Cressida.

Esa confusión, lamentablemente, era demasiado genuina para ser fingida. Nadie era tan buen mentiroso.

"Engaño", corrigió él.

El otro Lierganen soltó una carcajada.

"¿Todo esto tiene que ver con lo del Cuarto?", dijo ella. "Hagámoslo terminar. Tozi intercambió la invitación por información sobre lo que tú recomendó el Dominio. Si tienes rencores, no hay problema: no se han hecho más tratos."

Hmm. Que Tupoc intentara contactar a un capitán Izcalli con una invitación adicional era una explicación más simple que el que el N.º Diecinueve estuviera tras su recompensa. Por otro lado, alguien todavía buscaba a Tristan. Dev debía haber conocido a algunas personas, y esa estrategia era demasiado sutil para pertenecer al Cuarenta y Nueve. Aferrarse demasiado a la idea de que su enemigo invisible era el N.º Diecinueve sería un error. Simplemente, le resultaba incómodo pensar que quizás no tenía idea alguna de quién lo perseguía.

Pero no es que estuviera dejando de sospechar del N.º Diecinueve.

"Un paso atrás, pero tú lanzas primero," propuso Tristan con tranquilidad.

"Eres un ladrón," dijo Cressida con desprecio.

"Eres una noble," señaló él con una sonrisa irónica. "Eso solo es un ladrón con sombrero elegante."

Y aunque el suyo carecía afortunadamente de plumas, esa cuerda era dorada.

"Sacromontanos," escupió con desdén. "Soplamos aire desperdiciado, pero ¿qué más podemos esperar del culo del Viejo Imperio sino gases?"

"Colorido," concedió Tristan, "pero mi oferta permanece igual."

"Está bien," dijo Lady Cressida. "A la cuenta de tres. Uno, dos..."

Ambos se movieron al mismo tiempo en un movimiento trivial de traición, lo que le hizo contener una sonrisa burlona. Ella lanzó su bolsa, la cual él recogió mientras mantenía el arma en posición vertical, y distráidamente contó el contenido. Como había sospechado, faltaba una moneda de plata. Con confianza, tomó una del bolso de ella antes de lanzarla, y ella se burló pero no protestó.

“Diría que ha sido un placer,” dijo Tristan con alegría forzada, “pero no lo ha sido y no me caes bien.”

Cressida lo miró parpadeando, con una expresión de sorpresa fingida.

“¿Aún estás aquí?” preguntó.

Él le hizo una peineta, ella le respondió igual, y cada uno se fue por su lado. Todo aquel incidente, inexplicablemente, le levantó el ánimo.

--

Le llevó más tiempo del que quisiera pasar por la cabaña para dejar una carta —y comer— antes de dirigirse a la Avenida de Regnante en busca de un farol. El depósito de suministros de la Guardia, al menos, ofrecía chapas negras sorprendentemente baratas, tratadas contra la lluvia.

El camino no se había alargado, pero la lluvia intensa ralentizó todo el recorrido. A pesar de sentir ganas de cancelar la expedición, Tristan apretó los dientes y volvió a la Zona de Desguace. Mañana habría clases, y no tendría tanto tiempo para dedicar a esto. Las calles del puesto estaban desiertas, la mayoría de las tiendas cerradas, y los guardias en las puertas habían cambiado. Mostrando su plaga, logró entrar y salir sin problemas.

El patio trasero de la chatarrera parecía sangrar.

La arena de color óxido se convirtió en barro líquido que lamía sus botas, ocultando las peligrosas puas de metal. Le tomó el doble de tiempo atravesar los restos esta vez, y la lluvia le hacía sentir ciego en todo momento. Lo único que le confortaba era que la humedad seguramente ocultaba su olor, y no conocía ningún lemure que disfrutara estar a la intemperie bajo la lluvia. Incluso los monstruos parecían tener mejor sentido común que él, al parecer. Cuando llegó a las escaleras, sus pantalones estaban completamente empapados. Aunque su abrigo, botas y gorra estaban tratados con cera, la tela de sus pantalones no, y había absorbido toda la lluvia con ansias. Con suerte, el interior de la torre sería seco.

No se dio cuenta hasta estar a unos metros, culpando a la lluvia, pero al llegar al final de las tuberías ocurrió algo menor, un contratiempo.

“Joder,” maldijo Tristan, sin mirar nada en particular.

Una ausencia burlona, donde deberían estar los santuarios y la torre.

“Se ha ido,” dijo Fortuna, ahogando una risa.

“Gracias, Fortuna, ya veo eso,” soltó con tristeza contenida.

“Es que, en realidad, no puedes,” respondió la diosa. “Dado que no es realmente...”—

“¿A dónde se fue?”, se quejó Tristan. “No puedes simplemente desaparecer torres. Eso no es comportamiento aceptable para una torre.”

“Por si acaso repito lo que dije,” reflexionó la Dama de las Probabilidades, “evidentemente, ellos ca-”

“Joder,” volvió a maldecir Tristan. “Muy bien, esto puede ser un poco más complicado de lo que esperaba.”

“Deberíamos comprobar si solo es invisible, al menos,” sugirió Fortuna.

Para su disgusto, era una sugerencia razonable. Lanzar una piedra a ese espacio vacío solo daba como resultado que la piedra fuera lanzada sin razón. Su pequeño dedo, que tocó lo vacío, no encontró nada más que aire. Irritado y curioso, Tristan retrocedió hacia una tubería rota y tomó una astilla del tamaño de un pulgar, hecha de aleación de bronce que se había desprendido. Sin importar si ese metal era mágico o no, el espacio vacío no reaccionó de forma diferente.

“Deberíamos hacer esto todos los días,” dijo Fortuna contenta, observándolo hacerse el tonto.

¿Quizá un arma? Golpear ese espacio vacío con un cuchillo no hizo ninguna diferencia. ¿Comida, algo que alguna vez estuvo vivo? Sus últimas semillas de sésamo se las llevaron las corrientes. Había considerado que empacar algo como carne seca era demasiado arriesgado para atravesar los terrenos de caza de lemures, pero tal vez ahora tendría que intentarlo. Ver si la ‘carne’, incluso la muerta, hacía alguna diferencia. Hasta entonces, había una cosa que debía hacer.

Extendió varias bolas de hierro baratas en el suelo donde deberían estar los altares. Volvería mañana para ver qué había pasado con ellas.

“¿Y ahora qué?” preguntó su diosa, apoyándose en su hombro. “Mientras me alegro de verte cada vez más húmedo y enojado, no será tan divertido si un blem te devora al final.”

Tristan suspiró.

“Voy a tener que pedir consejo,” dijo, “a la única persona que conocí peor que tú.”

--

“Deja de dejar huellas mojadas en mi suelo, muchacho,” llamó Hage.

“Piensa en esto como pasar un trapeador,” respondió Tristan, agachándose para rascarle las orejas a Mefistofeline.

El gato inmediatamente se tumbó boca arriba, justo en el camino de la puerta que se cerraba. Cuando lo presionó contra la pared, soltó un maullido lastimero, pero aún así hacía ojitos de ternero en busca de más caricias. El ladrón le concedió una, luego lo apartó del camino de la puerta. Su recompensa fue que le arañaran la manga y que Mefistofeline saliera brincando como un globo descontento.

“Eso lo tomo como tu voluntariado para el trabajo,” dijo el diablo sin pestañear. “El trapeador está atrás.”

“Yo soy cliente hoy,” negó el ladrón.

Las impresionantes cejas de Hage se alzaron escépticas, aunque la mirada del diablo inspeccionaba discretamente la habitación. Buscaba a Fortuna, sospechó Tristan, pero su diosa no tenía intención de volver a lo Quimérico. La exigencia de una disculpa antes de ser admitida en la tienda la había llevado a exigir una disculpa a Hage por atreverse a pedírsela.

Dado la relativa inmortalidad de ambas entidades, Tristan sospechaba que esa tensa y ridículamente pequeña confrontación podría durar hasta el fin de los tiempos.

“Necesito pagar por adelantado,” le dijo Hage, apoyando su codo en el mostrador.

El ladrón resopló, acomodándose en el asiento frente a él.

“No, no es necesario,” dijo.

El diablo solo sonrió, con los dientes ocultos tras otros dientes. Hage solía mentirle por costumbre, justificando su comportamiento como entrenamiento. Aunque la semana pasada Tristan podría haber preferido no buscar el cubo pintado de blanco por una hora, admitió que últimamente había aprendido a detectar cuándo el diablo le mentía. Su especie no tenía las mismas señales que los humanos, pero debajo de las conchas que llevaban, había un cuerpo igual de inclinado a revelar su verdadera intención.

En ciertos aspectos, los demonios eran más descuidados que los humanos, ya que podían controlar las expresiones de su concha como con marionetas, y por ello rara vez lograban ocultar sus verdaderas intenciones.

—Si no estás aquí para gastar monedas en café, espero que en su lugar consigas algunos relatos, —advirtió Hage—. ¿Qué es lo que te interesa, muchacho?

—Aquel Torre allá al Este, —dijo—, con la luz plateada en la cima.

No cambió su expresión.

—He oído hablar de ella, —dijo el diablo.

—La miré detenidamente, —reveló Tristan—. Esta mañana ya había desaparecido parte de ella, y para la tarde tanto la torre como los santuarios a su alrededor se habían esfumado en el aire.

El diablo golpeó sus dedos contra la barra, levantando una ceja. Tristan frunció el ceño, alcanzó su bolsa y palmeó unas monedas de cobre, luego apretó los dientes. Una moneda de plata rodó por la mesa, que el diablo atrapó en un instante.

—¿Y qué haces tú con esas monedas?—se quejó.

Hage se inclinó hacia él.

—¿Eso quieres saber?—preguntó.

Tristan suspiró, negó con la cabeza.

—La torre, —dijo—. ¿Es acaso una instructora de la Krypteia?

Si no lo era, esa cuestión pasaría a un lugar menos importante en su lista de prioridades. En esta isla había suficientes enigmas para vivir nueve vidas.

—Sería contra las reglas responder esa pregunta, —dijo Hage con suavidad—.

Así que sí, pero la confirmación no está permitida por las reglas del juego. ¿O acaso el diablo estaba engañándolo? Él buscaba la chispa de movimiento en los ojos bajos, en la forma en que las piernas se levantaban hasta las mejillas cercanas a los músculos del cuello, señal de inquietud. No había pista alguna, pero Tristan no era tan ingenuo como para creer que el diablo no le estaba enseñando a detectar esas señales. Si realmente pretendía mentir sin ser atrapado, entonces... No, eso sería darle vueltas en círculos.

Hage era un intermediario de información y había tomado la moneda. Eso inclinaba la balanza a favor de que su pista fuera precisa. Tristan mordió su labio, probando en su mente distintas preguntas. Si pedía demasiado, el diablo se negaría o pediría más monedas, ambas cosas que quería evitar.

—¿Qué hizo que la mañana fuera diferente de la tarde?—preguntó.

Hage soltó una carcajada.

—Buen muchacho—, dijo, señalando con un dedo hacia arriba—. ¿Qué en esta isla siempre cambia pero nunca deja de ser?

No era un gran acertijo, pero esa era bastante evidente.

—El Gran Orrey—musitó Tristan.

Así, la diferencia residía en la luz. La luz plateada de la mañana— y, al repasar sus recuerdos, ¿el resplandor en lo alto de la torre durante la noche tampoco había sido plateado?— era la clave. Pasó una mano por su cabello, luego colocó dos monedas de cobre sobre la mesa.

—Me ahorrará algunas horas de preguntar por aquí—, dijo—. Si pregunto a las guardias de Scryptown, ¿en qué horas esa parte de la isla recibe consistentemente la luz plateada?

Hage hizo sonar sus mandíbulas dentro de la boca, tomó una de las monedas y lanzó la otra de vuelta a la mesa.

—De siete a diez de la mañana—, explicó el diablo—, con algo de flexibilidad.

Tristan recuperó su cobre y frunció el ceño.

—Bueno—, dijo—, entonces tendré que saltarme algunas clases.

Revision #1

Created 4 June 2026 10:20:25 by Michael Brown

Updated 4 June 2026 10:20:29 by Michael Brown